



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora

DE PAPEL

El Porvenir Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 12 DE FEBRERO DE 2017

Olga de León / Carlos Alejandro

Pasiones que forjan

EL PROF MUSICAL
CARLOS ALEJANDRO

Salió de la papelería con una fotocopia entera del libro de música y se dirigió de vuelta a su propio departamento. El alumno de ese día sería un fotógrafo que en realidad deseaba aprender a componer, pero que no se atrevía a decirlo; llegó aseverando que necesitaba aprender a tocar el piano.

El Prof pensó en un programa musical integral: preparó algunos ejercicios de entrenamiento auditivo, una pieza de Chopin para escuchar diferencias en dinámica, y una pieza del libro de Thompson para enseñar a leer notas y a ejecutar en el piano. "Enséñale algunos acordes: el I, IV y V, en Do", le dijo el Doc al Prof, quien era un profesor de piano más experimentado. Pero como al Prof no se le ocurrió qué más hacer con esos acordes, optó por seguir su método tradicional de "mucho información" que no sonaría a nada.

El alumno fotógrafo estaba a punto de cumplir los veinticinco años. Y ante la emoción de su nueva clase, optó por comprar un teclado de cinco octavas con teclas sin peso y con entrada midi, sobre la cual, el Prof no sabía nada, ni tenía ganas de indagar: eran tiempos en los que el internet no estaba tan difundido. El alumno duró dos clases. Se llevó la copia entera del libro de teoría musical; se fue contento, pero le pareció que el método era lento; así que pensó que de esa forma no sería capaz de tocar nunca; buscaría otro maestro.

El segundo candidato a alumno de música del Prof lo contactó por teléfono. Se trataba de un piloto aviador que hacía más de veinte años había abandonado su carrera de pianista en el Conservatorio Nacional. Cuando marcó, explicó que estaba retomando su interés, así que en cuanto llegó le tocó al Prof los primeros compases de una sonatina de Clementi, a buena velocidad. Quería saber si podría hacer buenos progresos con el Prof; este no se lo pudo asegurar.

El tercer candidato era uno que no tenía dinero para pagar las clases, y el cuarto presentaba una dificultad visual que le impedía distinguir claramente las líneas del pentagrama. El Prof decidió salir por las tardes a caminar y caminar... hasta que un día, de regreso a su casa, encontró un orfanato. Tocó a la puerta y dijo: "Soy maestro de música y le puedo dar clases a sus niños". "Pero aquí no tenemos dinero", le contestó la encargada. "Las doy gratis".

Se trataba de infantes de entre cuatro y siete años que, en lugar de cantar, inicialmente gritaban. El Prof les enseñó la voz de canto, los nombres de las notas, los ponía a colorear diversas figuras rítmicas y silencios, y lograba entonarlos haciéndolos que empataran la altura de la nota que él tocaba en el viejo órgano eléctrico del orfanato. También los introducía en competencias en las que el niño ganador era aquel que podía adivi-



inar un intervalo dado, o dar una nota específica a partir de otra. Los ganadores se llevaban un chocolate o una paleta que podían comer al final de clase. Dos religiosas estaban siempre presentes para ayudar con el control y disciplina del grupo.

Así, fueron ensayando canciones navideñas: El niño del tambor, Noche de paz y Adeste fideles, en latín. En diciembre, el concierto de fin de año fue una tormenta de sonidos dulces que llenó de brillo el patio escolar del orfanato, y que hizo encontrar al Prof su nueva vocación: director de coros infantiles

NI PIANISTA, NI LINGÜISTA
OLGA DE LEÓN

Su boca mostraba algunos huecos entre las muelas y uno más, al frente; tenía colmillos puntiagudos y, de esa enorme cavidad que era su boca, emanaba un pestilente olor a caries que pretendía ocultar tras el aroma a puro, con el que llegaba a casa y apagaba en cuanto cruzaba el umbral.

Tenía un aspecto de alguien a quien no le importaba usar ropas pulcras ni traer bien forjada la camisa, a pesar del saco. Era barrigón: quizás comía demasiado, tomaba mucho alcohol o ambas cosas. Lucía desaliñado. Podía verse su calva entre los escasos cabellos del frente y los que le caían tras el cuello de la camisa blanca renegrida. En sus dedos de

la mano derecha desde el índice hasta el anular se veían manchas amarillentas, por el puro, no podía ser otra la causa. Sus ojos grandes y saltones daban miedo; pero, lo peor de ellos era la mirada entre vidriosa y algo... que no le gustaba a la niña de doce años, y que ahora —durante la charla— describe como la mirada de un hombre libidinoso y de pensamientos sucios. Sí ahora puedo entenderlo, me dijo; para maestro de piano "nunca me gustó"; "daba clases en la colonia a otras niñas vecinas, niñas menores de diez y nueve años, no estoy segura de esto; pero sí de que llegó a nuestra casa recomendado por alguien (que seguramente no lo conocía bien)".

Para la segunda clase, ya le estaba proponiendo a mi madre hacerme un retrato, una pintura de medio cuerpo, un busto —aclaró la mujer: incluiría mi rostro y ligeramente arriba de la cintura hasta la cabeza: ¡claro!, para disimular su verdadera profesión! Yo miré a mi mamá con ojos suplicantes, ella parece que me entendió, porque le dijo que debía consultarlo con su esposo.

Cierta tarde, (sigue contándome) mi padre llegó de su trabajo más temprano que de costumbre, mientras aún no terminaba la clase de piano, y pudo ver lo incómoda que me sentía con el olor que emitía su boca junto a mi cara, por el gesto de mi nariz y mi rostro evitándolo. En eso, el viejo pasó uno de sus brazos

por detrás de mí con el pretexto de colocar correctamente mi mano sobre el teclado: ¡su barriga tocaba mi cuerpo! A punto estuve de pegar un grito, cuando mi padre —a quien no oímos ni vimos entrar— pronunció con voz firme: ¡Acompáñeme!, y lo condujo afuera.

Qué hablaron, nunca supe, pero sí me di cuenta de que luego se molestó con mi madre. Yo respiré tranquila y agosto. No hubo más clases a domicilio. Luego asistí a la casa de la maestra Celina. Ella era concertista del Conservatorio Nacional hasta que contrajo matrimonio. Se casó con un militar y tuvo dos hijos, distantes en edad como cinco años. La hija y yo fuimos buenas amigas durante la adolescencia y los primeros años de la juventud; luego dejamos de vernos, solo durante los periodos de vacaciones, pues yo estudiaba el bachillerato en la capital regia. Me habría encantado llegar a ser una pianista; pero pronto me di cuenta de que mis anhelos por dedicarme a hacer una carrera profesional: Derecho, Lingüística y traductora o Astrónoma, me habrían de alejar de aquel sueño que no era para mí, el piano. No tenía la paciencia para dedicarle suficiente tiempo al estudio, así que a los catorce, medio año antes de cumplir los quince, supe que lo mejor sería: ¡ser abogada!, como mi padre.

Tampoco estudié Leyes. El ambiente en la carrera no era para espíritus tan delicados. La joven ya daba muestras de poseer ideas avanzadas; pero ideas, no de acciones ni tratos y léxico como el que algunos de los estudiantes de leyes usaban intencionalmente frente a las chicas: no lo soporté, me fui a Filosofía.

¡...Y el piano!, se quedó en Reynosa. También en esa ciudad dejé algunos sueños que sabía imposibles, y no sin cierto dolor en el alma dejé la casa paterna, por dejar a mi madre sin su hija mayor. También extrañé a mis hermanitos menores.

Pero, más pronto que tarde, la adolescente creció, reafirmó ideas, leyó y escribió más que de niña aunque sin publicar, y se le fue redefiniendo la idiosincrasia que hasta la fecha lleva consigo, con la que empezó a defender su libertad de pensamiento, la ciencia y la verdad, la justicia; tanto como las libertades para las mujeres y los derechos de los desposeídos: todo eso cala aún en lo hondo de mis pensamientos, confiesa como hablando con el viento... sin mirarme. Nadie tiene derecho a decirnos qué hacer o qué no hacer; qué está bien y qué no lo está; no cuando se creció y forjó su espíritu en crisol de principios.

El sol ha declinado, la charla apunta al final.

Ya solo quiero decirle que fue una sola ley, la que guio mi conducta, aun a la distancia de espacio y tiempo, la de la memoria y voz de mi padre; quien solía repetirnos: "Nunca hagan cosas malas que parezcan buenas; ni buenas que puedan parecer malas".

**Héctor Pérez**

Autor de obras como "La sombra del patio", "Imagen de nadie" y "Cuauhtémoc", además de otros textos poco explorados, el literato y periodista mexicano Héctor Pérez Martínez es recordado a 69 años de su muerte, ocurrida el 12 de febrero de 1948.

El narrador, poeta y ensayista nació en la ciudad de Campeche el 21 de marzo de 1906 y estudió por azares del destino odontología en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM).

Sin embargo, sus intereses lo llevaron a ser jefe de redacción y subdirector del periódico "El Nacional Revolucionario", de acuerdo con el Catálogo bibliográfico de escritores de México, de la Coordinación Nacional de Literatura del Instituto Nacional de Bellas Artes (INBA).

Pérez Martínez colaboró en "Crisol" y "El Sol de Provincia", además se desempeñó como gobernador de su estado natal, oficial mayor y secretario de Gobernación; aunado a su papel como secretario de prensa y propaganda del Bloque de Obreros Intelectuales y miembro del Grupo Agorista.

Entre 1993 y 1997, el gobierno de Campeche y la Editorial Corunda publicaron sus obras completas.

Su obra puede situarse dentro de la literatura de contenido social, del indigenismo y el populismo, debido a que en todos sus libros expresó sus convicciones políticas, el amor por el pueblo mexicano y sus orígenes.

Escribió la dramática biografía de Benito Juárez, titulada "Juárez, el imposible" (1934), así como "Imagen de nadie" (1932), que refleja el interés por distintas formas del arte narrativo, así como "Cuauhtémoc" (1944), un texto donde construye con imparcialidad el marco del pasado todavía presente en las raíces de México.

Aunque poco conocidos, el escritor igualmente aportó a las letras mexicanas algunos sonetos amorosos, aunado a investigaciones sociológicas e históricas focalizadas en la realidad social y pasado de su provincia en Campeche.

En la publicación digital "históricas.unam.mx", citan como otros de sus textos destacados "Piraterías en Campeche" (1937), "Catálogo de documentos para la historia de Yucatán y Campeche" (1943), "Trayectoria del corrido" (1935) y "Una polémica entre frailes y encomenderos" (1938).

Dejando un legado importante para la entidad que lo vio nacer y la literatura mexicana, Héctor Pérez Martínez murió en Veracruz el 12 de febrero de 1948.

ad pēdem literae

Aléjate de la gente que trata de empuñecer tus ambiciones. La gente pequeña siempre hace eso, pero la gente realmente grande, te hace sentir que tú también puedes ser grande

Mark Twain

Letras de buen humor

Es mejor tener la boca cerrada y parecer estúpido que abrirla y disipar la duda.

Mark Twain

Oscar G. Baqueiro

La madre de Jesús

María de Nazaret, madre de Jesús, es una persona muy reconocida por la mitad de la población mundial. Gente de los credos monoteístas (judíos, cristianos y musulmanes) saben de ella. Es, también, emblemática de la parte femenina de la humanidad, la más bella, y que también es la mitad de los seres humanos.

Las Escrituras reveladas de las comunidades expresadas arriba, Biblia y Corán, hablan de ella, por cierto no en forma extensa y lo hacen llamándola "madre de Jesús" lo cual es más que cualquier otro título, pues Jesús es reconocido en círculos más amplios como el ser humano más calificado a lo largo de la historia.

De manera menos amplia, entre los católicos, empieza a ser venerada desde el siglo IV, a partir de lo cual hay apariciones de ella en número de 2000 por todo el orbe, pero de las cuales sólo son admitidas 16 por el Vaticano. En dichos avistamientos se le añade la expresión



"nuestra señora" de aplicado a lugares o situaciones particulares.

De entre todos esos nombres marianos destacan por su trascendencia social los de Guadalupe, en México y de Lourdes, en Francia. El primer caso del siglo XVI

y el segundo del XIX. En México como aglutinante nacional y en el segundo por las sanaciones allí recibidas. De 7000 sanidades reportadas en Lourdes el Vaticano sólo ha reconocido 69.

En el campo amplio de la ortodoxia no

se registran las apariciones excepto en la catedral copta de la ciudad de El Cairo, Egipto, ya que, como sabemos, José, María y Jesús vivieron en ese país como exiliados de Herodes los primeros tiempos de la vida de Jesús, y en varios lugares de ese país africano se celebra ese hecho histórico.

En Egipto, también, se reúnen mujeres coptas y musulmanes en alguna forma de culto mariano. En el campo protestante María se reconoce como "bendita tú entre todas las mujeres" con la mayor dignidad y respeto, pero nada más, y no se han registrado apariciones ni algún tipo de hechos más allá de las escuetas referencias mariológicas del Nuevo Testamento.

Tanto el nombre María (Myriam en lenguas semíticas) como el de Jesús ya eran comunes en la época de la madre de Jesús y lo son ahora en nuestra cultura occidental, pero en el caso de la familia de Nazaret son únicos e inconfundibles.